

Hace cincuenta años, a finales de septiembre de 1935 y en la clandestinidad, como consecuencia de la represión del 'bienio negro', fue fundado el Partido Obrero de Unificación Marxista, producto de la fusión del Bloc Obrer i Camperol y de la Izquierda Comunista. Meses más tarde, fue difundido un documento, elaborado principalmente por Maurín y Nin, en el que se definían las tesis fundamentales de actuación del nuevo partido. De ese folleto, titulado "¿Qué es y qué quiere el POUM?" entresacamos aquí los capítulos más importantes y polémicos; faltan otros, como los que se refieren a la cuestión sindical, al problema de la tierra, a la cuestión nacional (en la que, junto a la defensa del derecho a la autodeterminación, se pronunciaban por una Confederación de pueblos libres), a la situación internacional y a la necesidad de la Internacional, o a la estructuración interna, que sin duda tienen su interés pero que por razones de espacio no podemos

reproducir aquí (el documento completo se encuentra en *La revolución española en la práctica*, Víctor Alba, Ed. Jucar).

Nuestro recuerdo de la fundación de este partido no puede ser solo motivo para un simple homenaje ni tampoco una nueva ocasión para hacer un repaso de los posibles errores cometidos por una formación que nació en vísperas de una revolución y de una guerra, y que muy pronto se vió sometida a una cruel represión poco antes de iniciar el que iba a ser su primer Congreso. Como nos decía Enrique Rodríguez en su saludo al Congreso de la LCR este verano, y refiriéndose al partido del cual fue miembro fundador, nuestra tarea es la de analizar y estudiar su experiencia, antes y durante la guerra civil, porque "con sus aciertos y sus errores, el POUM estuvo siempre en la brecha".

Combate-Zutik!

NUESTRO ANTEPASADO

El problema de la Unificación Marxista

No existe todavía en España, desgraciadamente, el gran Partido Socialista Revolucionario que la revolución necesita. Y, sin embargo, cada día más, las necesidades revolucionarias hacen apremiante la formación del partido que conduzca la revolución a su triunfo.

El Partido Socialista no es el partido que la revolución exige. Y no lo es porque el Partido Socialista, a pesar de la rectificación iniciada, que hay que reconocer, continúa siendo fundamentalmente un partido de tipo socialdemócrata. Contiene dentro de él tres tendencias opuestas: Primera, derechista, reformista hasta la médula, reproducción fiel de lo que fue la socialdemocracia

alemana y de lo que es el laborismo inglés. Segunda, centrista, republicanizante, profundamente menchevique, que no aspira a otra cosa que ayudar a los republicanos pequeño burgueses. La tendencia centrista que tiene la dirección del Partido Socialista parte del supuesto que nuestra revolución es democrática y no democrático-socialista, negándose por consiguiente a reconocer la necesidad de que la clase trabajadora tome el Poder por medio de la insurrección armada. Tercera, izquierdista, representada por las Juventudes y por una fracción importante del propio Partido, que lucha contra la tendencia reformista y la centrista. En la perspectiva de la unificación marxista, es el ala izquierda del Partido Socialista la que tiene una mayor importancia. No obstante, el ala izquierda socialista mantiene sobre muchas cuestiones posiciones equivocadas fundamentalmente. Por ejemplo, ha iniciado su orientación hacia la política de la Internacional Comunista, cuando precisamente la IC en su VII Congre-

so ha hecho un viraje radical, inaugurando una política que se encuentra situada a la derecha de la extrema derecha socialdemócrata. La izquierda socialista, además, no se ha pronunciado todavía de una manera clara sobre cuestiones tan importantes como la Alianza Obrera, la unidad sindical, la unidad marxista revolucionaria.

Como vemos, el Partido Socialista está muy lejos de constituir un todo fuertemente centralizado y unificado en el pensamiento y en la acción. No tiene nada que le aproxime al tipo de Partido bolchevique. En su seno conviven todas las tendencias, desde la que afirma ser leninista hasta la evolucionista de carácter laborista, pasando por la meramente republicana. De hecho, se aproxima más a una Federación de diferentes tendencias que a un partido fuertemente cohesionado.

Doctrinalmente, el Partido Socialista no ha logrado asimilar no ya las doctrinas de Lenin, sino que ni siquiera las de Marx y Engels. Ha sido un rasgo característico del viejo Partido Socialista Obrero Español, su insuficiente teórica. Mantiene posiciones equivocadas respecto a la definición del carácter de la etapa actual de la revolución española. No ha tomado una posición justa respecto al problema de las nacionalidades y al de la tierra. Se ha colocado de una manera completamente socialdemócrata ante el problema de la guerra, respaldando a la Sociedad de las Naciones.

El Partido Comunista de España no es tampoco el Partido bolchevique de nuestra revolución. Sujeto, como sección oficial de la Internacional Comunista, a las fluctuaciones de la política exterior del Estado soviético, se ve obligado a actuar



de acuerdo no con las necesidades del movimiento revolucionario en nuestro país, sino de conformidad con las conveniencias de la diplomacia soviética, lo que, con frecuencia, está en abierta contradicción.

Comienza por faltar en el Partido Comunista un régimen de democracia interna. La línea política, la táctica, incluso el propio nombramiento de los Comités directivos, son determinados no por el partido en sus Congresos, sino por órdenes procedentes de Moscú.

No hay más que ver las oscilaciones tácticas seguidas por el Partido Comunista de España (sección española de la Internacional Comunista) desde que se proclamó la República hasta ahora para darse cuenta de su artificialidad.

Al proclamarse la República, el 14 de abril, el Partido Comunista de España, siguiendo, como es natural, instrucciones de arriba,

gritaba: "¡Abajo la República!" "¡Vivan los Soviets!". Objetivamente, el PC, sin quererlo, se ponía al lado de los monárquicos más empedernidos. Han transcurrido más de cinco años, y la república burguesa está completamente desprestigiada. Su nombre ha sido manchado por torrentes de sangre proletaria y por los negocios más fraudulentos y escandalosos. Y es en ese momento cuando la clase trabajadora, después de la experiencia de octubre, debe ser orientada hacia la toma del Poder, que el Partido Comunista, siguiendo los mandatos de Moscú, de un salto se coloca a la derecha de la derecha socialista. Para el Partido Comunista, el dilema *fascismo* o *socialismo* se ha convertido en breves instantes en este otro: *fascismo* o *democracia*. Una consigna completamente republicano-burguesa encuentra en el Partido Comunista su más firme apoyo.

En la cuestión de frente único, el Partido Comunista de España no ha podido tener una actitud más desgraciada. Fué el Partido que pretendía monopolizar la bandera del Frente único. Ahora bien, cuando el Frente único cristalizó prácticamente en forma de Alianza Obrera, esto tuvo lugar al margen del Partido Comunista y con su oposición sistemática encarnizada. Durante largo tiempo, el PCE combatió la Alianza Obrera, a la que llegó oficialmente a calificar incluso de "Santa Alianza de la Contrarrevolución". No obstante, unos meses después, ante una corriente irresistible de movimiento hacia la Alianza Obrera, el Partido Comunista rectificó en veinticuatro horas, adhiriendo a la Alianza Obrera el día 4 de octubre cuando la batalla ya había empezado.

El Partido Comunista, con esta inestabilidad, hija de su falta absoluta de democracia interna, y

LECCIONES de la HISTORIA

por su desvío cada vez más acentuado de la política tradicional del bolchevismo, está asimismo muy lejos de ser el partido de la revolución.

El Partido Obrero de Unificación Marxista, resultado de la fusión del Bloque Obrero y Campesino y la Izquierda Comunista, cree que es posible enfocar las cosas hacia el ingreso de todos los marxistas en un determinado partido ya existente. El problema no es de ingreso o de absorción, sino de unificación marxista revolucionaria. Es un Partido nuevo el que precisa formar mediante la fusión de los marxistas revolucionarios.

El Partido Obrero cree que la unificación marxista revolucionaria —que nada tiene que ver con un absurdo amontonamiento de tipo laborista— se prepara por medio de una clarificación previa de posiciones. "Antes de unirnos, y a fin de unirnos, es preciso que nos diferenciamos", dijo Lenin.

El Partido Obrero opina que las premisas fundamentales para que la unificación marxista revolucionaria sea un hecho son las siguientes:

Primera. La revolución española es una revolución de tipo democrático-socialista. El dilema es: socialismo o fascismo. La clase trabajadora no podrá tomar el Poder pacíficamente, sino por medio de la insurrección armada.

Segunda. Una vez tomado el Poder, establecimiento transitorio de la dictadura del proletariado. Los órganos de Poder presuponen la más amplia y completa democracia obrera. El Partido de la revolución no puede, no debe ahogar la democracia obrera.

Tercera. Necesidad de la Alianza Obrera localmente y nacionalmente. La Alianza Obrera debe pasar necesariamente por tres fases: primera, órgano de Frente Único, llevando a cabo acciones ofensivas y defensivas legales y extralegales; segunda, órgano insurreccional; y tercera, órgano de Poder.



voluntarios del POUM en la caserna Lenin, en Barcelona. George Orwell es el alto a la izquierda.

Cuarta. Reconocimiento de los problemas de las nacionalidades. España quedará estructurada en forma de Unión Ibérica de Repúblicas Socialistas.

Quinta. Solución democrática, en su primera fase, del problema de la tierra. La tierra, para el que la trabaja.

Sexta. Ante la guerra, transformación de la guerra imperialista en guerra civil. Ninguna esperanza en la Sociedad de las Naciones, que es el frente único del Imperialismo.

Séptima. El Partido Unificado permanecerá al margen de la II y III Internacionales, fracasadas ambas, luchando por la unidad socialista revolucionaria mundial hecha sobre bases nuevas.

Octava. Defensa de la URSS, pero no favoreciendo su política de pactos con los estados capitalistas, sino por medio de la acción revolucionaria internacional de la clase trabajadora. Derecho de criticar la política de los dirigentes de la URSS que pueda ser contraproducente para la marcha de la revolución mundial.

Novena. Régimen permanente de centralismo democrático en el Partido Unificado.

Ya existe un partido —el Partido Obrero— que defiende con entusiasmo la tesis justa de la unidad. Esto constituye, no hay duda, un factor importante. Lo que precisa ahora es ganar a este punto de vista a los sectores realmente marxistas de los partidos socialista y comunista para que ambos, conquistados a la idea de

un solo partido socialista revolucionario, se pronuncien por un Congreso de unificación marxista revolucionario.

El Frente Único: Alianza Obrera

Las dos organizaciones que fusionadas han constituido el Partido Obrero de Unificación Marxista —el Bloque Obrero y Campesino y la Izquierda Comunista— han tenido una participación directa, y en algunos casos decisiva, en la formación de las Alianzas Obreras.

Para el Partido Obrero, La Alianza Obrera —unidad de acción— es, sin ningún género de dudas, en la historia de nuestro movimiento obrero, un acontecimiento trascendental. Por medio de la Alianza Obrera, el movimiento obrero concentra sus fuerzas sin necesidad de destruir la independencia y características de sus organizaciones tradicionales.

La Alianza Obrera viene a desempeñar en nuestro país, basándose en las condiciones del movimiento obrero, el papel que en la re-revolución rusa representaron los soviets: órganos de frente único, primero; insurreccionales, luego; e instrumentos de Poder, después. Cuando la clase trabajadora conquiste el Poder, el Estado burgués actual deberá ser reemplazado por algo nuevo que está precisamente en germen en la Alianza Obrera.

Son, pues, tres, las fases que se han de dar en el proceso evolutivo, estrechamente ligado al de la revolución, de la Alianza Obrera: frente único ofensivo y defensivo, insurreccional y de Poder.

La Alianza Obrera ya no es una simple hipótesis. Constituye una realidad. Ha pasado por el fuego de una formidable revolución, dando pruebas indiscutibles de su fuerza y capacidad representativa. Las jornadas de octubre de 1934

Saludo de Quique al VII Congreso de la LCR

Camaradas:

Antes de nada quiero agradecer la invitación que nos habeis hecho para asistir a los debates de vuestro VII Congreso. Me permito interpretar tal invitación como un homenaje a los militantes, la mayoría ya desaparecidos, que en condiciones históricas bien diferentes a las de hoy, tenían planteado el mismo problema que ha sido objeto central de vuestros debates y que, estoy seguro, será vuestra preocupación mayor en los meses y años venideros: la construcción del partido de la revolución. Y al interpretar así vuestra invitación, quiero simbolizarla en el recuerdo imborrable de la figura revolucionaria de Andreu Nin, torturado y asesinado por los esbirros de la GPU al servicio de Stalin sin que logran arrancarle las confesiones que pretendían.

La Izquierda Comunista —los trotskistas de entonces— tratamos de dar un primer paso importante en la construcción de ese partido. Desde 1933 luchábamos juntos en el seno de las alianzas Obreras, el BOC y la IC, la mayoría de cuyos militantes se habían formado en los buenos tiempos de la Internacional Comunista. Por ello la convergencia de puntos de vista sobre los problemas de la revolución, que se comprobaban diariamente en la lucha, hizo que Maurin y Nin plantearan a sus respectivas organizaciones la necesidad de la fusión. Y lo hicimos sobre la base de principios revolucionarios claros, que nos diferenciaban inconfundiblemente del reformismo socialista, del frentepopulismo stalinista y también del anarco sindicalismo.

Eramos conscientes de que este primer paso no era suficiente, de que teníamos que avanzar aún mucho para

dotar a la clase obrera del partido que necesitaba. Entroncados en la dinámica revolucionaria de aquella época era fácil presagiar —además ello entraba en las perspectivas de entonces— nuevos reagrupamientos a nivel del Estado, principalmente con la izquierda caballerista y con sectores anarcosindicalistas en evolución. La guerra civil cortó aquel proceso y el POUM tuvo que actuar en ella tal y como era en los breves meses de vida que llevaba.

Ahora, 50 años después de su fundación, creo que su experiencia, antes y durante la guerra civil, es interesante de analizar y estudiar por los revolucionarios que, como vosotros, tenéis la inmensa tarea de construir el partido de la revolución. Con sus aciertos y errores el POUM estuvo siempre en la brecha y me parece que hasta nuestros días ha sido el ensayo más serio realizado en la construcción de un partido comunista independiente de Moscú, del imperialismo y de la burguesía indígena. Ciertamente, los problemas de hoy son otros, probablemente mucho más complejos que los que nosotros conocimos, pero la motivación esencial es la misma. Luchamos entonces y seguimos luchando los supervivientes poumistas, como vosotros y con vosotros, por derribar la sociedad capitalista y edificar una sociedad nueva, auténticamente socialista y en la que la participación de las masas en la gobernación del Estado, a todos sus niveles, sea real. La ilusión y la esperanza no deben desaparecer nunca en los revolucionarios sean cuales fueren las pruebas por las que tengan que pasar. Deseo por ello a la LCR, a los ritmos más rápidos posibles, pero sobre todo a lo que la situación exija, que se convierta, en la nueva época que comienza, en la pieza esencial del partido de la revolución. □

fueron la cristalización dinámica de la Alianza Obrera. En primer lugar, la Alianza Obrera, durante el transcurso de los meses que precedieron a octubre, logró formar, en gran parte, la unidad de acción de las masas trabajadoras. Y por que esta unidad se constituyó, fue posible el movimiento insurreccional de octubre. Los dos focos principales de la acción insurreccional fueron Asturias y Cataluña. En Asturias, en donde la Alianza Obrera estaba formada por todas las organizaciones, los anarquistas incluso, el movimiento obrero se impuso desde el primer instante. En Cataluña, la Alianza Obrera no era completa, ya que estaban al margen de ella los anarco-sindicalistas. No obstante la decadencia del anarquismo en Cataluña durante los últimos tiempos, no hay duda que su falta en la Alianza Obrera contribuyó en gran medida a que la insurrección obrera no llegara en Cataluña hasta las últimas consecuencias como en Asturias.

Si la insurrección de octubre en general fue vencida, se debió a que no existía aún un vasto movimiento de Alianza Obrera, Frente Unico, en todo el país, ni tampoco un Partido Socialista Revolucionario con fuerza y autoridad para convertirse en el eje real de ese Frente Unico.

Es esa constatación la que lleva al Partido Obrero a formular la necesidad perentoria, al lado de la constitución de un Partido Marxista Revolucionario único, de dar a la Alianza Obrera —gérmen de nuestro soviet— la gran importancia que tiene.

Respecto a la Alianza Obrera, mantienen una actitud equivocada los camaradas socialistas, anarquistas y comunistas oficiales, como vamos a ver.

Los socialistas afirman que la Alianza Obrera sólo puede tener el carácter de instrumento insurreccional. Es decir, le niegan las condiciones de su primera fase —Frente Unico— y las de la tercera —órgano de Poder—. El hecho de ver la Alianza Obrera no como un proceso, sino simplemente como algo rígido, estratificado, demuestra que los socialistas que mantienen esta posición no han comprendido todavía el sentido de la revolución proletaria. La Alianza Obrera, como ya hemos dicho, no puede ser instrumento insurreccional si antes no lo ha sido de Frente Unico, o sea, unidad de acción ofensiva y defensiva. Y un partido obrero que aspira a la insurrección y no tenga preparado el órgano adecuado de

Poder no hará nunca la insurrección, y si la hace, quedará reducida a un golpe de Estado, sin que pueda asentar el Poder conquistado sobre bases sólidas e indestructibles. El Partido no debe ser un órgano de Poder. Es completamente falsa la posición de aquellos socialistas que dicen: "El Poder, para el Partido Socialista". El Poder no ha de ser para este o aquel partido, sino para la clase trabajadora, que ha de ejercerlo a través de sus órganos democráticos —soviets, consejos, alianzas obreras.

Partiendo del principio axiomático que socialismo y democracia obrera son inseparables, que no puede haber socialismo sin democracia obrera, ni democracia obrera sin socialismo, el problema de cuáles serán los órganos de Poder ha de ser planteado a tiempo. Decía Lenin: "Si la fuerza creadora de las clases revolucionarias no hubiese dado vida a los soviets, la revolución proletaria no tendría ningún porvenir, ya que hubiese sido imposible al proletariado guardar el Poder con el antiguo aparato de Estado y es imposible crear de súbito un nuevo mecanismo gubernamental". Trasladando a España el sentido de lo que manifestara Lenin, podemos decir que sin Alianzas Obreras constituidas, organizadas, con vida propia, fuertemente arraigadas, la clase trabajadora no conseguiría guardar el Poder aunque lo tomara por sorpresa.

La posición de los socialistas que mantienen una tal actitud con respecto a la Alianza Obrera es, pues, completamente equivocada.

El porvenir de nuestra revolución está ligado al desarrollo de la

Alianza Obrera.

La situación político-social presente coloca la Alianza Obrera en su primera fase: la de Frente Unico de todos los trabajadores.

Contra la Alianza Obrera en esta etapa —sin la cual no pueden existir ni la segunda ni la tercera— se alzan los socialistas y los anarquistas.

Si el parecer de los socialistas y de los anarquistas que, en último término, coinciden en los resultados finales prevaleciera, no habría Frente Unico y, como consecuencia, la revolución quedaría trunca.

Los anarquistas, en la cuestión de Frente Unico (Alianza Obrera), igual que en la de la unidad sindical, no tienen posiciones fijas, no responden a una tesis determinada. En su seno hay ideas contrapuestas. Prueba evidente de que son extremadamente vulnerables. Las masas anarquistas con sentido clasista, tanto como las que siguen a los socialistas, son materia prima revolucionaria de un valor formidable. Y esas masas, si ven el movimiento de unidad no como una maniobra, sino como una marcha hacia la acción revolucionaria, irán a la unidad, como los anarco-sindicalistas de Asturias que se enrolaron en la Alianza Obrera.

La Alianza Obrera ha de existir, ganando a las masas socialistas y a los anarquistas a la concepción de necesidad, imprescindible. La Alianza Obrera ha de existir, ganando a las masas socialistas y a los anarquistas a la concepción de su necesidad, imprescindible. La Alianza Obrera ha de ensancharse. Toda, absolutamente toda la clase trabajadora ha de formar parte de las Alianzas Obreras. Y, además, el funcionamiento de las

Alianzas Obreras ha de democratizarse, dejando de ser, progresivamente, una superorganización formada desde arriba para afirmarse sobre la gran cantera de las masas trabajadoras actuando democráticamente. De una manera gradual, las Alianzas Obreras han de transformarse adoptando las características de los soviets en la Revolución rusa.

Es errónea, por otra parte, la posición de aquellos —pues existen— que llevan su entusiasmo por la Alianza Obrera hasta tal punto que llegan a olvidar incluso o subvalorizar el papel del Partido Obrero Revolucionario. Un Frente Unico obrero, por amplio que sea, si no tiene un eje central que lo mueva, y éste no puede ser otro que el Partido Socialista Revolucionario, es una herramienta mellada. La Alianza Obrera, en sus tres etapas de Frente Unico, instrumento insurreccional y órgano de Poder, requiere, indispensablemente, la presencia del Partido Obrero Marxista Revolucionario en sus funciones de orientador, de guía, de vanguardia. Sin Partido dotado de una teoría revolucionaria, la Alianza Obrera pudiera convertirse en un pedestal para que se formara un Frente Popular republicano-obrero-reformista, como propugna ahora el Partido Comunista de España.

El Partido Comunista oficial, aún cuando ahora afirma ser partidario de la Alianza Obrera, trata, de hecho, de sustituirla por el Frente Popular.

La política de Frente Popular que la Internacional Comunista lleva actualmente a cabo en muchos países, y entre ellos el nuestro, constituye la ruptura completa con las tradiciones del marxismo.

El Frente Popular, tal como lo propaga la IC, es el contacto orgánico permanente del movimiento obrero y la burguesía liberal.

Esta nueva táctica de la IC entraña tantos peligros, sino más todavía, que el propio sectarismo llevado a cabo durante el llamado "tercer período" que consistió en una guerra irreconciliable contra la socialdemocracia.

Por medio del Frente Popular se pierden totalmente las diferencias de clase y se asesta, por lo tanto, un golpe a la lucha de clases, que es la piedra angular del marxismo.

Si la política del "social-fascismo" condujo al triunfo fascista, la política del Frente Popular lleva directamente a la guerra.

En Francia, que es donde el

Frente Popular está en pleno apogeo, se ha podido ver cómo el Partido Comunista ha liquidado totalmente su actuación antimilitarista, ha votado los créditos de guerra y constituye uno de los más fuertes defensores de la "unión sagrada".

Si la guerra entre Francia y Alemania estalla, los comunistas franceses, en virtud de la política del Frente Popular, serán los entrenadores en el seno de la masa trabajadora en favor de la lucha armada y en defensa del imperialismo alemán.

En España, la actuación del Partido Comunista oficial conduce a posiciones parecidas. Los gobiernos burgueses de izquierda encuentran el más firme apoyo de los comunistas stalinianos. Prácticamente esta política de sostén conduce a frenar la acción de las masas en marcha hacia la revolución socialista. La burguesía tiene hoy un aliado de un valor enorme: es el Partido Comunista con su defensa a ultranza del Frente Popular.

La experiencia de los resultados del Frente Popular ya ha sido vivida en nuestro país. El Partido Socialista, en 1931-1933, practicó la política del Frente Popular, cuya segunda edición propaga ahora con entusiasmo el Partido Comunista. La colaboración republicano-socialista condujo al triunfo de la contrarrevolución en noviembre-diciembre de 1933. Las conclusiones serían ahora más catastróficas aún si la posición de los comunistas oficiales, más radical-socialista que comunista, prevaleciera.

Esta interpretación nuestra del Frente Popular no está en contradicción, como pudiera aparentemente suponerse, con el hecho de que el POUM firmara el documento que sirvió de base para las elecciones generales del 16 de febrero de 1936. Se trataba entonces de un simple pacto de carácter electoral, teniendo como finalidad principal la amnistía. El POUM desarrolló entonces su propaganda con completa independencia, señalando que al pacto establecido no podía dársele otra interpretación que el de un compromiso puro y exclusivamente electoral.

El POUM —como ya se ha indicado más arriba— no rechaza los contactos y alianzas con la pequeña burguesía, pero estos pactos y alianzas han de ser siempre para cuestiones concretas y circunstanciales.

Lo otro es el Frente Popular, inadmisibles para todo marxista revolucionario. □



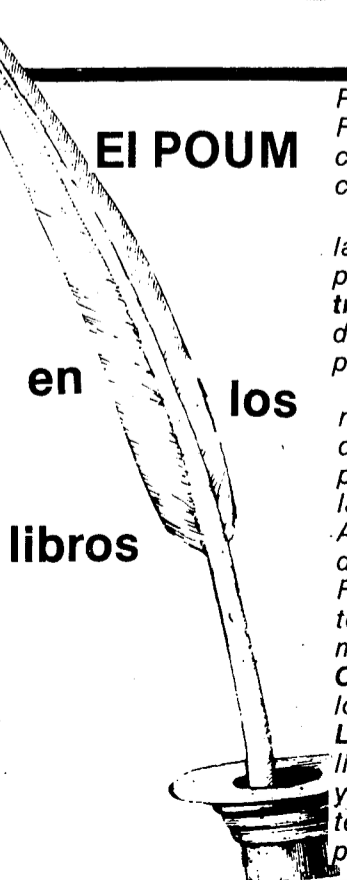
Milicianas

NO existe ninguna historia seria y exhaustiva del POUM (los trabajos de Victor Alba sólo valen la pena por la documentación que aportan), y está por ver si el ambicioso estudio de Javier Maestro cumple este objetivo. Los interesados en el tema deberán de hacer un largo recorrido por obras generales (como las de Bolloten, Broué-Términe o Carlos M^a Rama sobre lo que este último llama la crisis española del siglo XX), y pueden empezar el hilo con el libro de Meeker sobre La izquierda revolucionaria en España (Ed. Ariel) que estudia el desarrollo de las tendencias revolucionarias que luego convergieron en la fundación del PCE.

Desde el momento en que el POUM es una prolongación del proyecto original de los que formaron el PCE, se impone el conocimiento de un título como el de Joan Estruch: Historia del PCE (1920-1939), Ed. Viejo Topo.

Resultan de gran interés las Notas sobre esta historia escritas por Juan Andrade (Ed. Fontamara), y el librito de Pelai Pagés que llega hasta 1930 (Ed. Hacer).

Totálmente imprescindibles para conocer la "prehistoria" del POUM son los libros de Francesc Bonamusa y Pelai Pagés sobre el Bloque Obrero y Campesino y el movimiento trotskysta, respectivamente (Ed. Curial y Península, Barcelona). Estas lecturas se pueden complementar con dos recopilaciones hechas de las revistas de cada grupo, de La nueva era (que luego siguió siendo órgano del



POUM, y que ha editado Júcar) y **Comunismo** (Ed. Fontamara). La comparación entre ambas puede ofrecernos una buena idea sobre la naturaleza y las divergencias entre el BOC y la ICE.

Dos títulos básicos son: **La revolución española** (recopilación de artículos de Nin en Ed. Fontamara que ha publicado la mayor parte de sus libros) y **Revolución y contrarrevolución en España sin duda la obra más interesante de Maurín y determinante para comprender su evolución política en víspera de la revolución española.**

Hay tres capítulos históricos primordiales en la conformación del proyecto poumista. Primero, la formación y el desarrollo de las Alianzas Obreras (sobre los que hay muy poca documentación, lo que hace imprescindible la recopilación de Victor Alba de Ed. Júcar); segundo, la Comuna de Asturias (sobre la que escribieron ampliamente algunos dirigentes poumistas como Manuel Grossi y Molins i Fàbregat, cuyas obras se encuentran en Ed. Júcar), y tercero y final, la crisis del PSOE. Sobre este punto resulta muy interesante el libro Ramón Molina, **Polémica Maurín-Carrillo** (Ed. Pequeña Biblioteca, Mallorca), y algunos de los trabajos que ha publicado Pierre Broué en los **Cahiers León Trotsky** de París. Quizás valga la pena recordar los libros ya clásicos de Marta Bizcarrondo (sobre Araquistáin) y de Santos Juliá (**La izquierda del PSOE**), así como los textos originales de Arasquitáin y Largo Caballero que publicó Fontamara.